Queridos hermanos y hermanas,

Contemplamos hoy a Jesús haciendo un gesto propio de los esclavos. ¡Sorprendente! Dios de rodillas ante el hombre, limpiándole los pies. ¡¡Increíble!! No hay palabras. Horas deberíamos estar contemplando esta escena: pensando, rezando, revolviendo en nuestro interior, imaginando. Y volviendo a pensar y a rezar.

Y al acabar, Jesús nos lanza la pelota. Nos lanza, pienso yo, la interpelación más clara de todo el evangelio: "*Si yo que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, vosotros debéis hacer lo mismo unos con otros.*" Y por si alguien no lo ha entendido, lo remarca. "*Os he dado ejemplo, para que hagáis lo que yo he hecho con vosotros*".

Alguien pensará "esto, padre es muy difícil". ¡Difícil no!, ¡¡sino imposible!!… con nuestras propias fuerzas naturales imposible.

Y posible y gozoso con la gracia de Dios. ¡Se trata de dejarle que él nos cambie el corazón! ¡Se trata de que él vaya transformando, cristificando, nuestras personas!

¿Y cómo ocurre eso? Nos interesa mucho saberlo porque todo intuimos que en la vida dada a favor de los demás está la vida verdadera. Cuando soy egoísta soy infeliz, cuando me doy, alcanzo felicidad.

Pues, hoy hemos acabado la oración colecta diciendo: "…te pedimos que la celebración de estos santos misterios (eucaristía) nos lleve a alcanzar la plenitud del amor y de la vida".

¿Cómo somos capaces de ser esclavos de los demás? Gracias a la eucaristía. Hoy celebramos que Cristo instituye la eucaristía. Y qué bonito que el evangelio de ese día sea uno de esos que lo que se nos propone parece imposible.

Por nuestras fuerzas, imposible. Con la gracia que se nos da en la eucaristía, perfectamente posible.

La eucaristía nos da el alimento que nos permite vivir lo que él nos propone… El alimento que nos permite crecer en su seguimiento. El alimento que nos permite vivir cada vez más la comunión con su persona divina. Manjar exquisito el que saboreamos.
Pequeño inciso: la Iglesia utiliza dos lenguajes: el de la obligación para los que están empezando su camino, para

los que son niños en la fe, o adolescentes en la fe. (Hay adultos que son niños en la fe). Y se les dice es obligatorio ir a misa, es obligatorio rezar un poco antes de ir a la cama, es obligatorio confesar al menos una vez al año. Pero este es el lenguaje de mínimos, para el que empieza…

El lenguaje de Jesús no es éste. El lenguaje de los santos no es éste. El lenguaje de la Iglesia para los que quieren crecer no es éste. ¡¡Es de ir a más!! Es de acercarse cuantas más veces mejor a las fuentes de donde brota la salvación: los sacramentos, la palabra, la oración, los textos litúrgicos, etc…

Hago este inciso para animaros a ir a misa cada día… Si la eucaristía es el alimento que nos permite vivir lo que él nos propone… Si es el alimento que nos permite crecer en su seguimiento. Si es el alimento que nos permite vivir cada vez más la comunión con su persona divina… ¿Cómo no hacerlo todas las veces que podamos?

Pues parece lógico que el adulto en la fe quiera irse alimentando de este manjar exquisito, ¿no? Pedid la gracia de ir a misa cada día y se os concederá… ¡¡Os lo aseguro!!

Y así recibiréis la plenitud de la caridad y de la vida, que no es poco. Y esto no es una idea teórica, ¡es una realidad!

¿Por qué nos comunica la plenitud de la caridad y de la vida? Porque entramos en comunión con la persona divina de Jesucristo, con lo que es aquella persona, con la vida de aquella persona.

Por tanto, la unión con Jesús, me une a su donación, a su entrega hasta el extremo, a su humildad, a su abajamiento, a su actitud de servidor. ¿Cómo no creceré en caridad y en vida al entrar en comunión con él?

Y aún más, si Dios es amor, si Jesús es Dios, quiere decir que Jesús es amor, ¿cómo no creceré en el amor al entrar en comunión con el Amor? ¡¡En comunión con el Amor!! En cada eucaristía entramos en comunión con el Amor.

¡Recémoslo!